

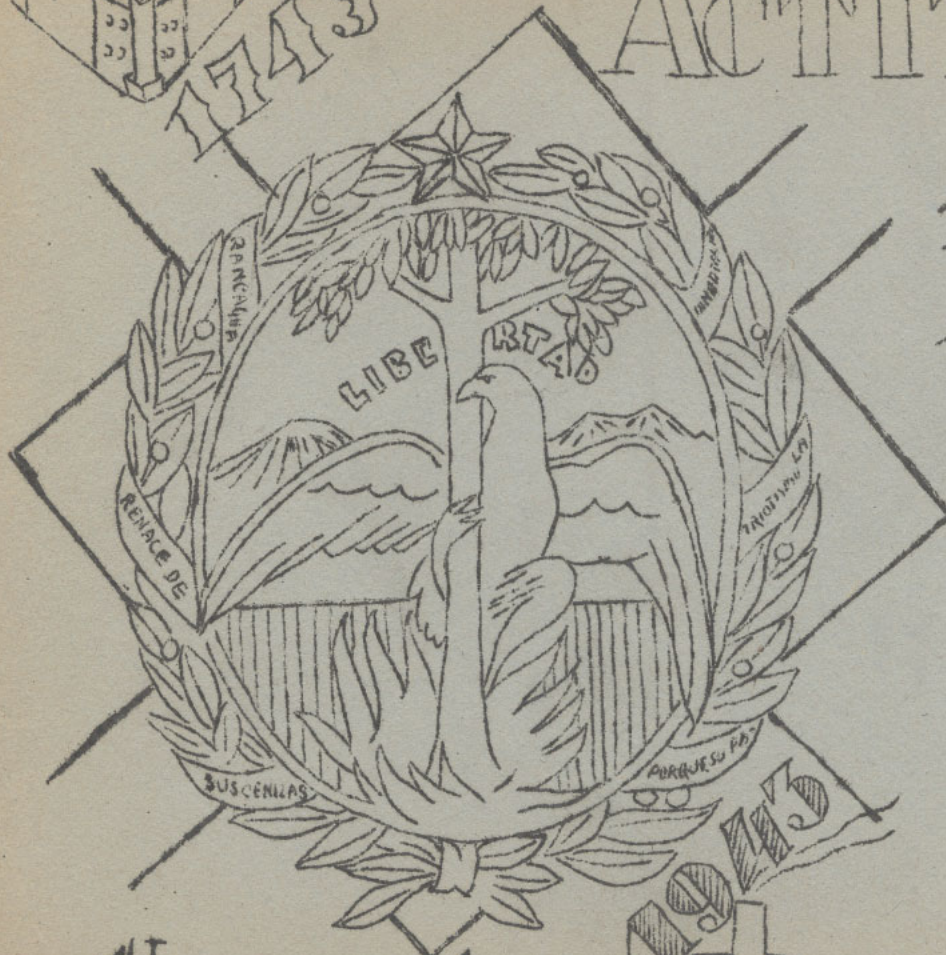


Proyección del Grupo
LOS INÚTILES

AÑO I
OCTUBRE
de 1943
Nº 7

ACTITUD

Sumario



ANTE EL BICENTENARIO Pág. 1

FELIX MIRANDA S.:
Rancagua ... 2

GONZALO DRAGO :
Recuerdos de 15 años 3

Dr. HECTOR SANHUEZA:
Recuerdos de un grande hombre 4

RAUL GONZALEZ L.:
Una estampa chepicana 6

FELIX MIRANDA S.:
Panorama social de Rancagua . 8

OSCAR CASTRO Z.:
Tres poetas rancagüinos 11

PRECIO:
UN PESO.

Homenaje al
Bicentenario



VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTÉCAS

NOV 4 1943

DEPOSITO LEGAL

ACTITUD

PROYECCION DEL GRUPO LOS INUTILES

Director: Oscar Castro Z.

AÑO I OCTUBRE, 1943 N: 7

Casilla N° 137, Rancagua (Chile)

Comite el Bicentenario

OSCIENTOS años nos separan ya de aquél momento en que don José Manso de Velasco fundó esta villa con reminiscencias de barrio español. Santa Cruz de Triana dispuso que se llamase; pero su nombre indígena, como una planta dura de extirpar, cobró a través del tiempo nuevos bríos y tapó con sus letras autóctonas la primitiva denominación.

He aquí un símbolo y una enseñanza.

Estas tierras de América no han sido nunca fáciles de domeñar y ya pueden dar fe de ello los conquistadores que se aventuraron en las regiones de Tenochtitlán o de la Araucanía. El empuje de una raza civilizada y dueña de todos sus medios rompióse muchas veces ante la terquedad del nativo que no quería ceder su pedazo de suelo a gentes extrañas.

En vista de ello, los dominadores han elegido métodos más suaves de penetración. Ya no es la guerra frente a frente sino la subyugación económica. Los nuevos conquistadores nos dejan libertad de opinar y de poseer la tierra, mas eligen la riqueza de las montañas y el filón inagotable de las industrias para ejercer su predominio.

Solamente somos libres e indios.

El verdadero nacimiento de Rancagua como ciudad organizada y dependiente de sus propios recursos, data sólo desde el momento en que comenzaron a explotarse los minerales de El Teniente. De no haberse producido tal acontecimiento, nuestra existencia en cuanto a progreso sería muy distinta de la que tenemos. Así, aun cuando seamos colonia económica, tenemos un relativo bien pasar que nos ha hecho sentarnos a mirar el porvenir como tierra ya conquistada.

Aquí estriba el error.

Nuestras industrias son pobres y escasas; nuestro periodismo es incipiente; el nivel general de cultura --aun cuando ha subido bastante en los últimos veinte años-- resulta desalentador. La cercanía de El Teniente nos habituó al dejarse estar, como osas gentes de la colonia que tomaban tranquilamente su mate sin preocuparse de las alcabalas, quintos reales y gabelas de todo género que debían pagar a la corona española.

TRANCAQUA, apuntes para una historia

EL ESCENARIO - Valle del río Loco

Los ríos y los montes formaban parte de la familia indígena. En sus orillas celebraban las fiestas y en la cima de los montes oficiaban los ritos. En más de una ocasión, los consejos de caciques necesitaron de una altura, aunque generalmente fué el valle el sitio regular según aseguran los cronistas, y aquel ingenio que se llamó Alonso de Herrera y Zúñiga.

Al río dió su nombre el cacique Cachapoal, y las "aguas furiosas" que vió el cronista, alcanzaron señorío en aquellos días de "soledad" y "abandono". Tanto hacia el sur como al norte, los tupidos bosques y carrizales escoltaban la marcha de las aguas y cerraban en casi toda su extensión el valle. A poco más de un kilómetro de la carretera que hoy lo atraviesa, la expedición quehaca construyó un puente de mimbre, que el Cabildo de Santiago ordenó reparar en 1545. Por ese puente pasó Pedro de Valdivia con sus sesenta soldados bien armados, en Febrero de 1546.

Los "tumbados", a distancia uno de otro, desaparecían bajo los árboles cerca del río. En ellos vivían las únicas diez familias indígenas que presenciaron el paso de la conquista. Así, dice el Procurador del Cabildo de Santiago, ante un emisario del Rey de España, en el Perú: "Los indios vienen a menos a puesto esto acá

es así, cuanto corrants razón lo será en aquel nuevo ordeno (Chilo), donde los indios son tan pocos, que a no tenerse gran vigilancia en su conservación se me noscabanían del todo en muy poco tiempo".

La vida en el valle estaba presidida por la soledad, que la cinta verde y negra de los árboles encerraba celosamente. Las familias vivían casi ocultas y en la pobreza, que hacía menos dura el alimento del piñón y la frutilla silvestre, o la carne de un animal salvaje que no siempre entregaba la montaña. Soterrada en el silencio, la existencia era indiferente como la inmovilidad de los árboles o la marcha de las aguas. Los días iban escribiendo su libro en las caras firmes y morosas, que brillaban de alegría sólo en los días de fiesta o cuando la provisión abundante llenaba el tumbado y hacía crujir las hojas del lecho. Hombres y mujeres no conocieron otra alternativa -que la del sustento, y no hay noticias, que la violencia, tan frecuente en las familias indígenas del sur, hiciera estragos en la tierra que formaba parte del dominio de Cachapoal.

Al escenario lo cubría de uno a otro extremo el bosque espeso; el hombre era allí una cosa subalterna, limitada, apenas visible. Debía vivir sobre las hojas que le entregaba todos los años y en la sombra, condicionado totalmente por las

Recuerdos de quince años

HACE quince años, una mañana gris de otoño prematuro que envolvía la ciudad y ocultaba los cerros vecinos en un fino chal de niebla fría, descendí del tren en la estación de Rancagua que se me ofrecía como un refugio económico y meta transitoria de mis esperanzas. Deambulé lentamente por sus calles empedradas, avancé por la avenida Brasil, y poco a poco, sorbo a sorbo, fui adquiriendo el conocimiento de sus casas, de su gente, de su colorido de ciudad minera.

Triste impresión, deplorable impresión me produjeron sus calles abiertas por hondas zanjas para el alcantarillado en construcción. Trincheras del progreso, abríanse a lo largo de la calle Independencia, enlodándolo todo, poniendo un gusto de hosco y sucio colorido en el panorama de la ciudad. Un tranvía rechinante y desvencijado avanzaba lentamente por la calzada, dando tumbos, semejante a un navío en alta mar. Algunos pasajeros asomaban sus rostros expresivos por las ventanillas y aun recuerdo la jubilosa carita de una chicuela sostenida por los

brazos de su madre, mientras agitaba sus pequeñas manos como un gesto de bienvenida.

Desorientado, vagué sin rumbo. Y, de pronto, me salió al encuentro la plaza de Los Héroes, en cuyo centro el General alzaba su sable heroico sobre un plinto de mármol inmortal.

Cuatro calles --cruz heroica y legendaria-- cogieron mi curiosidad de viajero, y sentí en mi interior, como un eco perpetuado a través de los siglos, los roncós tambores de las milicias patriotas marchando hacia la victoria o hacia la muerte.

Volví sobre mis pasos, dejando atrás la catedral trunca, y me encontré de nuevo entre el torrente humano que invadía las aceras de la calle Independencia. Aquello era singular. El movimiento de peatones era como un río inagotable, confuso, avanzando simultáneamente hacia metas opuestas. Todo el que visita Rancagua tiene de inmediato la impresión de su intenso movimiento humano. Por las aceras estrechas era difícil circular con libertad, circunstancia que se agravaba con el hecho de que la calzada estaba cubierta de barro líquido que impedía transitar por ella. Un comercio activo, profusión de obreros, innumerables restaurantes, dábanle a Rancagua en aquella época, con más intensidad que ahora, el carácter innegable de ciudad minera. Además --lo recuerdo bien-- algunos rostros rubios, inconfundibles, algunos sombreros de anchas alas, estilo Far-West, hacían más nítida la visión de tierra minera.

Llegar a un pueblo extraño y deambular por sus calles, es algo semejante a enfrentarse a un hom- a la 14



CURSABA yo humanidades, el año 19, en el Instituto Nacional, cuando en Abril de ese año se abrió un curso de Latín con matrícula libre, que debía funcionar en la sala de Cosmografía del establecimiento. De todo el alumnado (1.500 educandos más o menos) nos matriculemos sólo 80, y el día señalado para la iniciación de clases vimos aparecer ante nosotros a un sacerdote más que cincuentón, de andar rápido y enérgico, de gran des de ojos negros, de una viveza intelectual rara de en contrar, que lucía sobre su impresionante cabeza de forma platónica, el sombrero o teja eclesiástica inclinado hacia adelante con despreocupación. Con las manos cruzadas a la espalda a la manera napoleónica, se paseó por el corredor frente a la sala durante algunos minutos, luego entró y nos invitó a imitarle. Pensé para mis adentros: "¡Qué desgracia para mi país. No hay nadie que sepa latín en él, que no sea fraile!". Pensamiento que él conoció después por voluntaria confesión mía.

Sus primeras palabras fueron, más o menos: "No estén pensando, jóvenes, que el latín se aprende así nomás. Ello se consigue con mucho esfuerzo, con método y constancia. No creo que se vuelva a repetir el milagro bíblico de la venida del Espíritu Santo sobre el Colegio Apostólico y nos deje como a aquellos felices presentes, el don de lenguas". Y continuó: "Hay que estudiar este idioma con amor y con tal empeño que se lleguen a "podrir" en cada cerebro sus normas y leyes de sintaxis. Tendrán como premio, eso sí, a tal esfuerzo, el poder comprender y acaso hablar, la lengua más tersa y armoniosa que ha sido dable modular a boca humana y que sólo ante el griego cede".

Así comenzó sus clases y las prosiguió con toda regularidad amenizándolas con desquisiciones etimológi-

cas, explicaciones históricas, que hacían de ellas verdaderas lecciones de humanismo integral. Todo anduvo como sobre ruedas en un comienzo, en que sus charlas nos daban los primeros albores del idioma; pero la cosa cambió de cariz al arreciar las declinaciones y penetrar en el estudio de los verbos con sus innumerables participios. El número de alumnos fué decreciendo, agustado por la marea gramatical, y así fué cómo sólo 4 llegamos al fin de curso en ese año 19.

Con tan pequeño número era difícil librarse de dar cada día la lección y no teníamos más remedio que estudiarla. El nos animaba, y al vernos tan solos nos decía que esto era como el hacer dulces: a medida que el almíbar espesa y se le da punto, va disminuyendo, hasta quedar sólo un poco, que era lo mejor...: nosotros. Pero a pesar de estos halagos y de la verdadera inclinación que sentíamos por el estudio, no nos era posible a veces de dicarle el tiempo necesario y

ante la imposibilidad de engañarlo o de declararle nuestra falencia francamente, le tocábamos su punto débil, descubierto por uno de los nuestros: la política europea. Así, al empezar a rendir alguna lección difícil, alguien interrumpía con una noticia novedosa del último cable, y el profesor, entonces, olvidaba sus preguntas y se extendía en consideraciones relacionadas unas con otras en el tiempo, remontando siglos hasta llegar siempre a Focio, el gran causante, según él, de la falta de unidad ideológica en Europa. La clase ya no terminaba a las seis; alumnos y profesor se quedaban indiferentes a la hora, hasta las ocho de la noche. Don Emilio vivía en Independencia abajo, de modo que el trasladarse hasta su casa representábase una hora más. Cuando tal ocurría, siempre comentaba: "Ya se va a enojar mi cocinera. Estoy oyéndola decirme: Buena cosa, don Emilio, el asado se quemó ya". A propósito de esto, alguien lo interrogó en una de esas reuniones de literatos que se realizaban donde Nacimiento o en la Librería Miranda, frente al Congreso: Sí, pues, don Emilio, le habría dicho, nos cuenta siempre usted la protesta de la cocinera; pero ¿de la sirvientita de mano, qué nos dice?"...

Enseñaba latín, decía, para predicar con el ejemplo, pues sostuvo por espacio de varios años una campaña de prensa sosteniendo que esta lengua era indispensable para el correcto conocimiento de los idiomas romances como el castellano. Poliglota estudioso, hablaba el francés desde su nacimiento, y luego alemán, inglés, portugués, italiano y español. Conocía a la perfección el griego, el sánserito y el hebreo. Era corriente escucharlo decir: "The last but not the least: también sé chileno".

Don Emilio Vaisse, más conocido entre nosotros como Omer Emeth, nació en Chartres, sur de Francia, en 1859, en el último día de ese año, y se crió con su abuelo paterno. Vino la guerra del 70 y desde los hombros del abuelo micope leyó los carteles de las esquinas en los cuales el Gobierno daba cuenta de la marcha de la contienda. Recibido de bachiller, siguió en el Seminario donde aprendió...

diera las primeras letras. Cursó los seis años de Teología y entró a la orden de R. P. del Corazón de María, desde donde abandona su Francia para venirse a Chile. Estuvo en Santiago, luego en Chillán y, en seguida, de nuevo en la capital donde tuvo dificultades con los frailes de su comunidad. No me habló nunca de la causa de estos disgustos, pero su ama de llaves, luego de fallecido don Emilio, me aseguró que habían sido provocados por rivalidades de otros sacerdotes: sus sermones eran muy concurridos y sus consejos muy solicitados. A tal punto llegaron las molestias que le ocasionaban sus cofrades, que secularizó y marchó al Perú. Allí estuvo viviendo con buenas relaciones sociales y asistiendo a tertulias literarias en la capital de dicho país. Siempre recordaba con alegría la gracia y la belleza de las limeñas puesta de manifiesto en los esparcimientos literarios que se realizaban en los salones de las grandes casas, mientras a otro lado los caballeros discutían, cual

Una estampa chepicana ⁻⁶⁻

SENTADO en su sillón de magistrado recién electo, don Federico aguza la punta de su lápiz con la cuchilla grande de su cortaplumas. Sus ojos vivaces, de pupilas café brillante, anticipan su condición de hombre alegre, amigo de bromas y narrador sabroso de anécdotas y chasceros.

Todo el pueblo lo conoce como el mejor "tallero". Su puntería para gujerear un discurso en plena ascensión es temida por los oradores oficiales, quienes al divisarlo en una reunión, carrasspean y se entonan más de lo usual antes de iniciar una exposición de cualquier clase, sofrenando sus arranques líricos y buscando con premura el período final.

Ahora ha sido nombrado juez de la aldea. La noticia sorprendió a los chepicanos en plena siesta (se sesteaba mucho en las comunas).

--Están peveseando. ¿Don Federico juez?

--No puede ser; la justicia es cosa seria y don Federico...

Así las frases dichas al despertar por los "principales" del pueblo.

Cuando se convencieron de la veracidad de la nueva, la razón los llevó a concluir que en realidad no había motivos para que don Federico no pudiera ser juez. Era honrado como pocos, recto y más versado que el Alcalde en muchos órdenes de cosas. (En el pueblo la sabiduría del jefe municipal --

por muchos años es el mismo ciudadano-- era el patrón para medir la preparación y conocimientos de un individuo).

Ese día, instalado cómodamente en su sillón, ordena el nuevo juez que pase el primer "caso". El Comandante Reinoso da curso a la orden con un grito militar y un subordinado le da rápido cumplimiento trayendo del brazo a un hombrecito sucio, de cabellos enmarañados y abundantes, de ojos redondos y móviles como los de un conejo.

--¿Cómo te llamas?--pregunta don Federico con voz de circunstancias.

--Su mercé me conoce. Pa qué le...

--Te conozco sólo como "El Piringa", pero debo saber ahora tu nombre verdadero.

--Parece mentira --dice a media voz el acusado--, nacido y criado aquí y no lo conoce ni el juez a uno... Jesús González, pa

De la pág. 6

servir a su mercé --termina, elevando la voz que tiembla un poco.

--Te han encerrado por meses en el calabozo; el señor cura te ha aconsejado mil veces y tú sigues en las mismas. Ahora te acusan del robo de unos pavos donde las Vilazas.

--Dos no más fueron, señor... Y la verdad fui por uno; el otro me siguió solo...

--Míren, el lindo. Lo que falta es que digas que el segundo venía detrás de ti en busca de mejor suerte.

La risa franca y bulliciosa del comandante advirtió a Don Federico que había olvidado su condición de magistrado. Carraspeó y muy serio dijo al Piringa:

--Te voy a aplicar un castigo que no olvidarás en toda tu vida. Pero antes dime ¿por qué robas, Jesús? (¡Jesús el nombre que lo pusieron a este condenado!)

No pudo evitar el razonamiento que provocó nuevo estallido de risa en la humanidad entera de Reinoso.

--La verdad, señor, no sé: la necesidad, los encargos... Son cosas que no están en mí...

--¡Eso es! ¡Magnífico! Como que te quieras apropiarte de todo lo que no está en ti, rica y lucida va a quedar Chépica... Mira, vas a regar la calle desde las casas de Don Andrés hasta las de Don Juan. Si cuando termines se ha secado el comienzo, vuelves a empezar; la cuestión es que no sufra el centro por la tierra mientras estés detenido.

--Pero ¿cuándo me va a largar su mercé?

--Estarás encerrado todo el tiempo que necesites para reflexionar y me jures que no tomarás lo ajeno.

El Piringa dió vueltas y más vueltas a sus ojos como buscando una explicación a tan rara condena, pero fué sacado de allí antes de que el dilema se aclarase en su cerebro.

Siguió viendo otras denuncias el magistrado de códigos propios y al terminar su labor del día --tres robos, algunos desórdenes por borrachera y un crimen que pasó

-sin tocar la capital del departamento--, vió llegar de nuevo al Piringa acompañado del guardián.

--Dico que se ha arrepen-tido ya, señor Juez, y que usted le dijo...

--¡Ah, sí, sí! Mira, Piringa, ¿estás dispuesto a jurar que no tomarás más lo ajeno?

--Sí, señor, le juro que nunca más...

--No, no, espérate. El juramento lo harás en la iglesia con todos los "pases" y "aleluyas" que el señor cura ordene... Comandante, que un soldado lleve al reo a la parroquia esta noche a las 24 horas. Yo esperaré allí.

Con mirada sonriente y significativa se despidió el Juez, contestando Reinoso con venias de comprensión. Sólo el Piringa arrugó la frente, e-narcó las cejas abundosas en un gesto de perfecta perpejidad.

A las doce de la noche todo estaba preparado. En la sacristía pesada de oscuridad, un Cristo crucificado en señalaba sus carnes desgarradas bajo la lumbre de una lámpara colocada sabiamente para él solo. El señor cura, a la

Panorama social de RANCAGUA 8

Las primeras manifestaciones concretas del liberalismo, se verificaron lentamente no sin reservas, en las formas mutualistas, que el conservantismo halló excesivamente avanzadas en 1906 al fundarse la Sociedad Bernardo O'Higgins, que constituyó el primer brote. En ese año, Ambrosio Guzmán, Ramón Zavala, Belisario Guerrero y Manuel Arnedo legraban dar vida a esa institución, a cuya iniciativa se debe la formación de otras que se organizaron luego, y se halla en el trascurso y evolución de la mutualidad, los medios servibles a las sociedades de resistencia surgidas más tarde.

El mutualismo, que caracteriza el paso de lo concreto en la simple abstracción del programa liberal, creció sin arraigos y fuertemente limitado a pequeños grupos, que comprendían a los artesanos productores y a escasos trabajadores a jornal. Durante ocho años, hasta 1914, en que se forma la Sociedad Unión de Obreros, con Casimiro Fuentes que fué su mejor organizador, el mutualismo llevó una vida quieta, aunque indiscutiblemente beneficiosa para los acogidos. Pero al nacer la Unión de Obreros y la "Rafael Hurillo" - esta última agrupaba a los pintores y a los ramos similares -, la actividad de los trabajadores se señalaba por la importancia de las faenas mineras de "El Teniente", y el contingente obrero cada vez más numero

so que se radicaba en Rancagua.

Las primeras peticiones de jornal y seguridades en el trabajo, aparecieron casi simultáneamente entre los mineros y los obreros que trabajaban en la Fábrica de Vidrios; y le cupo a los vidrieros organizar el Consejo Federal N°1 a fines de 1918, y el sostener muy pronto una huelga de treinta y seis días que fué ganada ampliamente.

En este primer encuentro entre el capital y el trabajo, se destacaron Juan León Ráberto Torres y Pedro 2° González, y su ejemplo sirvió para que nacieran el Consejo Federal N° 2 formado por los obreros de la Braden Copper, Sección Rancagua a Coya, y el Consejo Federal N°3, al que pertenecían los trabajadores de Caltones Scwell y Lina. Con estos tres Consejos, se fundó la Federación Obrera de Chile, aunque bien es cierto esta institución central comenzó prácticamente sus actividades, tan pronto tomó forma el primer Consejo.

La actividad social de la central de los trabajadores en el plano de las reivindicaciones económicas, produjo el natural movimiento de organización que impulsaban con la prédica y el ejemplo, hombres tan fervorosos como Julio Barrientos, Abel López Lobos, José Araya Meneses, Francisco Venegas Osorio y Antonio Martínez, quienes secundaba Carmela Jiménez Sepúlveda. Las

concentraciones y reuniones frecuentes, die-
ron tan buenos resultados, que las autori-
dades y los industriales tuvieron que preo-
cuparse del movimiento, a la vez que, los
obrerros de otras faenas, como los zapate-
ros y los ferroviarios, y en seguimiento,
los campesinos, dieron vida a los Consejos
Federales N° 4, 5 y 6, en los que se agru-
paron y fueron reconocidos en la Federa-
ción Obrera.

La organización de los últimos Consejos
tuvo algunos quebrantos, que en definiti-
va no impidieron la vida regular, pero sin
duda no habrían adquirido vigor, si no hu-
bieran contado con hombres capaces en sus
mismas filas, como Aurelio Cornejo, Gui-
llermo Serrano y Juan Henriquez.

A comienzos de 1921, el ambiente abierto
a las manifestaciones populares en el que
se aían aún los ecos del "cielito lindo"
y perduraban los panegíricos a la "querida
chusma", la organización de los trabajado-
res constituía una fuerza apreciable, tan-
to por la cantidad como por la pureza so-
cial que le habían dado sus dirigentes. Sin
duda, que estos antecedentes, influyeron
para fijar la sede en la ciudad, del Con-
greso General de la Federación Obrera, a
fines de 1921.

En este Congreso, asomaron las primeras
disonancias partidistas provocadas por los
elementos de la 3a. Internacional, que asis-
tían como delegados. Situados los trabajos

(de la pág 4)

en el renglón social, la intromisión de
la política de partido trajo consigo la
división de las fuerzas obreras en el
país, y desde entonces, la desvirtuación
en los medios y en las finalidades revo-
lucionarias de los trabajadores, que se
mantienen hasta hoy. Los Consejos Federa-
les N° 2 y 6, se incorporaron a la I.W.W.
(Trabajadores Industriales del Mundo), una
vez separados de la Federación y exteriori-
zaron públicamente su salida y la posi-
ción frente a los resultados del Congreso.

Estos dos Consejos Federales trabaja-
ron ahincadamente y sostuvieron luchas
importantes en el mejoramiento del sala-
rio y en la organización de los obreros.
En 1924, las actividades de los campesi-
nos en los fundos cercanos, produjeron
la beligerancia latifundista y la muerte
de dos hombres que se habían significado:
Enrique Soto Ríos y Manuel Antonio Lara
Cabello, en la Hacienda Sauzal. Pero el
movimiento campesino no se detuvo y pron-
to, en el Fundo Machali, obligaban a tran-
sigrir al dueño de la tierra, en la deman-
da de mejor salario.

El movimiento obrero y campesino fué en
riquecido en su orientación, por el perió-
dico "Evolución", que dirigía Antonio So-
lari Hoya, y por el Centro de Estudios So-
ciales que mantenían, Horacio Valenzuela,
Carlos Leyton, Ruperto Urbina, Moisés Mu-

(pasa a la pág: 15)

fuerzas de la tierra. El único aliento, la única muestra de vitalidad señalaba en los árboles, que estaban allí en apretadas filas, erguidos siempre, oteando hacia la altura y mirando las cumbres. La cortina de madera poderosa y tupida, dejaba paso sólo a un camino, que debió ser posiblemente el de Ravanal o cercano a él. Por allí se entendió el cordón que facilitaba el acceso al río y a las tierras del lado sur; pero, a pesar de ser el único medio de comunicación, no influyó como se cree en el crecimiento de las familias, ni menos en la ordenación de poblados.

"Árboles y agua", dice el cronista, lo abarcaban todo. Elementos tan fuertes, tenían que soslayar al hombre y dejarlo en segundo plano; pero el hombre halló en la espesura la fuente, en cuya orilla robusteció su raíz, y en el mismo jugo que por los brazos nudosos corría hacia la altura, bebió vitalidad. La dimensión de su pujanza callada y oscura, que habría de conocerse más tarde, creció con lentitud y en el silencio, nutrida por los bosques y pegada a la tierra.

Es bien posible que por aquellos días comenzara para el valle norteño del Cacha poal, otra vida. Los asomos de la conquista se advirtieron en las andanzas de pequeñas expediciones y luego la travesía de Pedro de Valdivia. La novedad y la alarma debió traer la natural y consecuente reunión de la gente dispersa. Sin embargo, no hay noticias concretas sobre este punto y sólo sabe admitir, que el cacique Ca-

(De la pág: 2)

chapoal debió obrar de acuerdo con las instrucciones de Michinalonco.

Las frecuentes expediciones que siguieron a la primera travesía de Pedro de Valdivia, hacen creer en la existencia de una posada, cerca del río, como la que existió en la Isla de Rengo con el nombre de La Deseada, y en la que los expedicionarios descansaban brevemente, por el temor al ataque sorpresivo de los indígenas.

La existencia de una posada en el valle, próxima al río y no lejos de los "tumbados", establece la síntesis de dos elementos humanos que colocaban los primeros asentamientos en medio del bosque y de los carrizales (1), sobre los que se alzaría el caserío, en el que había de nacer Rancagua.

FELIX MIRANDA SALAS

(1) Rancahue: lugar de carrizales.



Tomamos reproducido en esta página el capítulo III de la obra "RANCAGUA" (apuntes para una historia)", que acaba de obtener un premio especial en el Concurso del bicentenario.-

TRES POETAS RANCAGÜINOS

LA primitiva intención de este artículo era reunir en una apretada gavilla todos los nombres que han tenido alguna significación en las letras rancagüinas desde que la ciudad existe como tal. La empresa resultaba tan atrayente como difícil y en esto último residía su principal embrujo.

El plan estaba concebido sobre sencillas bases.

Siendo la poesía la primera expresión literaria de los pueblos jóvenes, había que comenzar por este género el rastreo y la ubicación de datos. Desgraciadamente—y esto acontece con todas las poblaciones nacidas a la orilla del esfuerzo—, Rancagua no tuvo tiempo de engendrar sus poetas, preocupada como estaba de vigilar y sostener la empresa material que realizaban los hombres en su lucha contra la cordillera. Rancagua era un puerto en donde todos desembarcaban en busca de otra cosa. El pueblo en sí no interesaba, porque el fulgor del cobre impedía la visión al forastero. Fuimos un puente de tránsito, y --según lo apunta un crítico chileno-- en un puente nadie arraiga, ni siembra ni edifica su hogar. El árbol de la Poesía careció de tierra para hundir sus raíces.

Y no habiéndose cumplido la primera etapa cultural --la lírica--, mal podían venir las otras.

Pero, en medio de todo, algunos nombres permanecían. Eran esos soñadores eternos que se apoyan en las barandillas del puente y miran el agua y se deleitan ante los fuegos de las nubes reflejadas en la corriente. Pocos, pero existían: un pueblo no puede vivir sin cantar.

Y ya que no pudimos tener historiadores, ni novelistas, ni pensadores --salvo la grandiosa excepción de Lastarria que debió su cultura a otros ambientes-- saquemos del archivo de los días muertos a los que hicieron Poesía.

Son escasos, pero son precursores.

EDUARDO DE GEYTER

SU VIDA entera fué Poesía, si entendemos la Poesía como un acto de amor.

No podría pedirse nada más simplemente grandioso que la vida de este médico que a través de las dolencias del cuerpo veía el mal del espíritu. Hizo caridad fraterna --es decir, hizo Poesía-- en un ambiente donde todos querían enriquecerse pronto. Su desprecio por las apariencias externas nos indica la riqueza de su vida interior. ¿Qué pueden importarle las monedas a quien es dueño de todo el cielo, de todo el mar, de todo el azul de los montes?

Fuó un ejemplo en medio de la sordidez ambiente. Fuó un oasis en la sequedad mineral de Rancagua. Merecería llamarse "el gran ran-



cagdino", aun cuando no es ésta su tierra de origen.

En Eduardo Do-Goyter el escritor ore la continuación armoniosa del hombre. Sus acciones de ayuda al desvalido, al relogado social, nos señalan que tenía un nítido concepto de la tarea de humanidad que debe realizar el médico. Y esto mismo trascendía luego a sus versos y allí vivía y vibraba emocionadamente.

El poeta se convierte de este modo en un adelantado de la literatura social.

En muchas de sus composiciones sangra el dolor de los humildes. El conventillo, la calle del suburbio, la miseria de las viejas casas carcomidas son temas propicios para su canto.

Manos diligentes recopilaron su producción dispersa, luego que él hubo muerto, en un folleto que anida en los anaqueles de muchas bibliotecas públicas y particulares.

Quizás si Don Eduardo no atribuyó jamás importancia a sus escritos. Tal vez los trazaría solamente por una necesidad imperiosa de expresión, olvidándolos luego, como olvidaba las visitas sin honorarios, las monedas que daba para medicamentos y su acción permanente en beneficio de los desheredados.

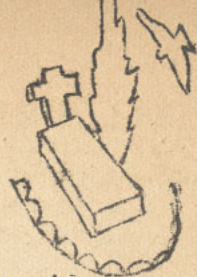
Sin embargo, el breve folleto de sus poemas contará para la historia literaria de nuestra ciudad.

JUAN FLORES

Pudo ser la gran voz poética de Rancagua. Sus producciones --dramático trasunto de una existencia solitaria-- tienen la formidable potencia lírica de lo verdadero y lo cabal. Voz auténtica y autóctona la suya. Había sangre en cada verso que trazaba su pluma. Sangre de soledad, de anhelos, de dolor retorcido que asume cadencia lírica por no volverse maldición.

Sólo contados amigos lo conocieron íntimamente. Nació en nuestra ciudad y aquí estudió; mas los imperativos de la subsistencia lo llevaron primero a Sewell, después a otras ciudades y por último a la capital. En Santiago vivió pobremente. Estaba enfermo. Presentía venir la muerte y escribía con apresuramiento, sin tiempo para corregir. Los originales de sus poemas --que guardamos en nuestro poder por voluntad de un amigo a quien los confió-- son conmovedores por la ingenuidad que rezuman algunos cantos ocasionales en contraste con otros de tono mayor. Se puede advertir en ellos la lucha terrible por encontrar su expresión verdadera.

Su aislamiento está dramáticamente expresado en dos líneas: "Ahora estoy más solo que un bandido en la noche -- ladrándome a mí mismo como un loco lebral". Y, en su poema "Mendigo en el puente", dice: "Este ciego que tiene el río en los oídos -- y la noche en los ojos y el día en la frente -- ¡tiende su mano grande por



... la de sol -- o es su mano invariable la que sostiene el día?". Alto lirismo y alta inspiración, como puede verse. El mismo poema tiene cuatro versos finales que deslumbran por su hondura y novedad: "Y yo también que paso pisoteando su gesto, -- pisando suavemente como todo lo mío, -- pienso que aunque no hubiera el puente, ahí estaría -- el ciego sostenido por el canto del río".

Murió dolorosamente solo y nadie lo recuerda.

También él era un "mendigo en el puente", pidiendo una limosna de sol.

EDUARDO DE LA BARRA ARAVENA

Colaboraba en "La Sonara", junto con Joaquín Garay y algunos otros, entre los años 20 y 26. Poseedor de un estilo propio, en delicado y sutil tono menor, consiguió bellísimas realizaciones que auguraban un camino esplendente de triunfos. Había transparencias de agua, brotar de primavera, silbido de pájaros libres en sus composiciones.

En un concurso de sonetos abierto por un diario santiaguino en 1927, se distinguió con un "Soneto a la flor" que nos dará una idea de su alta alquimia lírica. Veamos algunos trozos: "Hermana de la estrella que en altas primaveras -- florece en los jardines azules del Señor, -- la belleza faltara si a la luz no te abrieras. -- No hay un ala más suave ni hay un verso mejor". En los cinco versos finales expresa: "Abierta en el costado de Cristo en la agonía -- toda la tierra triste la iluminaste ayer. -- Bandera del poeta palpitando en el viento, -- eres en este mundo torvo de sufrimiento -- la sola gracia digna de un beso de mujer".

Hay poemas suyos, como "La lluvia en primavera", que son dignos de antología.

Ahora ya no escribe. Entregado a un oficio manual, atiende al sustento de sus hijos y de su compañera y vive en una heroica y digna soledad. La vida le ha enseñado una dura lección de pobreza y de esfuerzo.

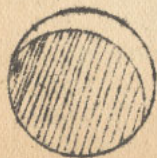
El medio pobre y estrecho lo cercenó las alas.

Pero otros seguirán por él y por ellos, los tres precursoros.

Solicitamos canje con revistas de ideas
y de literatura de todo el Continente.

NUESTRA DIRECCION:

Casilla N° 137
Rancagua - C H I L E.

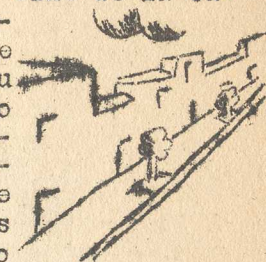


bre que luego será nuestro amigo. Nada sabemos de su carácter de sus ambiciones, de sus íntimas cualidades. Una ciudad tiene corazón. Balpita con el ritmo de la vida que le impregnan sus habitantes, con el bullicio de sus vehículos, con la canción canallesca de sus burdeles, las muchedumbres de sus cines y la desolación de sus miserias. Rancagua tiene las cualidades del imán: atrae y rechaza. Cada tren deja en sus andenes a hombres ilusionados con la leyenda del cobre, de los altos salarios, de la ocupación inmediata. Cesantes, aventureros, muchachos de las provincias vecinas que se han saturado de leyendas o que sienten, sencillamente, la necesidad de trabajar, buscan esta ciudad minera como un seguro refugio para sus ambiciones. He conocido a muchos de ellos. Los he visto llegar sin más bagaje que su entusiasmo y los he visto partir sin otro patrimonio que sus manos. La vida --inagotable-- sigue su curso.

Y Rancagua, poco a poco, me fué acunando en sus brazos. El tiempo, sigilosamente, fué anudando semanas, meses, años. El rostro hurafío y sucio de Rancagua empezó de modo insensible a cambiar, a trocar su indumentaria astrosa por una más moderna de asfalto y cemento, prolongando la avenida Brasil hasta San Martín, levantando

edificios modernos, teatros y poblaciones obreras. Rancagua crecía a simple vista, se agrandaba, invadía el campo vecino, ensanchaba sus fronteras con una energía de hombre fuerte que construye su solar. Y desaparecieron los viejos muros del "Cachureo", arrasados por el progreso que no respeta tradiciones. Y los sórdidos negocios de la avenida Brasil dejaron libre acceso a un moderno edificio de tres pisos. Y la infecta sala de cine de la calle Lastarria cedió su paso a un colectivo con aspiraciones de rascacielo. Y en todos los ángulos de la ciudad empezó a construirse. El músculo y el martillo no descansaban, activados por la fiebre del progreso. Desaparecieron viejos bodegones y se crearon salas de café, bares con orquestas, salas de espectáculos. El viejo Rancagua, inevitablemente, moría poco a poco, como si presintiera la cercanía de su segundo centenario.

Y Rancagua, ciudad minera y de tradiciones heroicas, terminó por conquistarme, por echar profundas raíces en mi corazón, con la semejanza del hijo adoptivo hacia sus padres protectores. Y no se crea que el cariño emana del agradecimiento que un hombre puede experimentar, sino que, por el contrario, ese cariño es engendrado por el propio dolor, aunque esto parezca paradoja. Para conocer una ciudad, es preciso sufrir en ella. Es entonces cuando el hombre se encuentra a sí mismo y encuentra los corazones y las almas afines que lo ayudan a vivir y a erguirse sobre el medio. Es esa solidaridad del sufrimiento, de la soledad, de la lucha común la que crea los grandes vínculos entre los hombres de todas las latitudes del mundo. Y eso, y mucho más encontré en Rancagua. Allí encontré siempre una mano fraternal, un gesto amigo, un silencio com



ssa y Moisés Zúñiga. Hasta 1927, el centro realiza con la colaboración entusiasta de los profesores primarios, numerosas conferencias y charlas y hasta debates con tribuna libre ante una asistencia numerosa de trabajadores. Paralelamente a estas actividades, el movimiento de la Liga de Arrendatarios da lugar a reuniones públicas en la Plaza de los Héroes y a desfiles imponentes, que la policía vigilaba con gran despliegue de fuerzas.

En 1927, la dictadura de Ibáñez impide el trabajo social, y el espionaje a sueldo organizado luego por la Sección Política Social de la dictadura, logra el apresamiento de los hombres más tenaces y el exilio a la Isla de las Afuera y Pascua. La reacción, estimulada por los elementos que sirvieron durante más de cuatro años a la tiranía, es autora de la muerte de muchos trabajadores, y, en Rancagua, del obrero Emilio Hoya. Sin embargo, el grupo "Adelante" actúa en el período más negro que ha visto Chile, edita un mensuario que circula clandestinamente y logra sacar a luz once números. En este grupo se distinguieron Julio Barrientos y Jorge Voraclis, y, en la difusión, Carlos Sanhueza y otros hombres no menos valientes.

En esos cuatro años no hay otra actividad que la clandestina. Algunos luchadores enmudecen y otros son abatidos por la dictadura, en la cárcel y en el destierro; pero de estos últimos, sólo queda en 1951 un reducido saldo que continúa después de la caída de la tiranía, la labor revolucionaria

ria de los primeros momentos.

Desde 1951 a 1956, en que nace la Confederación de Trabajadores de Chile, las organizaciones obreras vuelven a sus actividades, pero sus cuadros no ofrecen en la ciudad la reciedumbre de antes ni se continúa la línea social que las caracterizara en los primeros años. La intromisión de los partidos políticos se acentúa en este tiempo y conquista poco a poco los centros sindicales. Después de 1956 hasta ahora, las organizaciones cunden y estimulan los trabajos de la central obrera, sobre todo en las faenas mineras de la Braden Copper, donde las fuerzas de los trabajadores tienen poderosos sindicatos.

Las pugnas políticas, por otra parte, y las huelgas, han servido para demostrar la potencialidad humana del contingente organizado, a la vez que la imponderable fuerza y esperanza de los hombres de trabajo, por ser factores determinantes en una nueva sociedad.

Indiscutiblemente, desde 1956 a 1943, la cuota obrera en la organización es ascendente, pero no presenta como antes los fermentos revolucionarios puros, ni se ve en el espíritu, tan acendrado de otras horas, la inquietud incontenible por superar el plano estatal, en el que la política y el liderismo han robustecido sus raíces y detienen toda posibilidad a la libre vivencia de los hombres, para después producir una natural acercamiento entre los pue

nuevos florentinos, asuntos gubernamentales e intrigas políticas.

En este viaje "perdió dos cajones de libros valiosos que nunca recuperó y que tampoco nunca dejó de lamentar. Vuelto a Chile, desempeña el curato de San Pedro de Atacama. Tiene cuarenta años y sólo entonces aprende a fumar, metiéndosele tan adentro este vicio que ya nunca lo abandonó y aun llegó a despacharse una media libra de tabaco habano por día. Ganaba ochenta pesos en su ministerio y fumaba puros en San Pedro de Atacama. "Calcule usted qué puros fumaría", comentaba después en conversaciones inolvidables. Una que otra misa de difuntos para que le buscaban. -- "Nunca anduve tras de ellas" --, le hacía subir el sueldo a \$120 al mes. Con ellos tenía que alimentarse, vestir, comprar puros, y, muy importante, adquirir revistas y libros. Durante este período heroico de su vida escribió su cuento "El Cenizal", publicó un librito (200 ejemplares: uno lo guardo yo) en que relataba una aventura personal acaecida en la pampa atacameña, en donde un día se extravió y a punto estuvo de morir en el desierto. Aprendió también por esos días a hablar el "atacamafío", un verdadero idioma que iba desapareciendo junto con los aborígenes que lo conocían. Guardo entre mis curiosidades más queridas un opúsculo escrito por él sobre este idioma.

Entre los recuerdos gratos que mantenía de su vida en San Pedro, contábase el encuentro de una biblioteca surtida y selecta, propiedad de un señor español tan ignorante como rico quien la había adquirido como adorno para su casa. "Era de escuchar el chac inconfundible de la virginidad de las hojas cuando abría cualquiera de aquellos libros", me decía sonriente.

Tras algunos años, vuelve a Santiago donde se hace capellán del Hospital San Vicente. Allí estudia el fenómeno fotográfico con ahínco de sabio procurando desentrañar la esencia misma de él. Más tarde estudia las abejas y quiere publicar un libro con los resultados de su investigación; solicita de la curia el Nihil

Obstat y como le exigen revisión del texto por un par de clérigos ignorantes de esa ciencia, rompe los originales

Mejores vientos comienzan a soplarle. Don Agustín Edwards se interesa por él después de leer un comentario de la Biblia o algo parecido escrito por don Emilio. Se hace crítico y sus artículos son muy leídos y respetados en todos los círculos intelectuales. Se mantiene en este oficio hasta su muerte acaecida en 1937.

Campeón de grandes y honradas causas, es el caballero del ideal. Enseña a hablar el castellano a los chilenos y aun a los mismos ibéricos. Hace amar la belleza, muestra los eternos caminos de la verdad, y al final de su vida los hombres lo honran a su manera: el gobierno le concede la Orden al Mérito en el grado de Comendador; Francis, la cruz de la Legión de Honor; la Universidad Católica lo nombra miembro honorario de la Facultad de Filosofía y Letras en calidad perpetua.

Sin embargo, se le debe todavía el reconocimiento y el homenaje que sus grandes merecimientos le otorgan por derecho de señorío.

Dr. H. P.



(de la pág 15)

blos. No es extraño, por lo mismo, que la actitud en los años del crecimiento, se refugie ahora en la minoría que representa el grupo "Amor y Libertad", nacido en 1931, que luce un ideario fiel y una actividad sin avisos ni propaganda.

Con todo, es interesante señalar, que en pocos años se ha podido organizar en los sitios de trabajo a los obreros y campesinos. Ahora, es necesario que el obrero y el campesino emprenda decididamente su tarea revolucionaria, para decidir en un instante que ha de ser inolvidable, la suerte de la sociedad libre que solamente el trabajador ha de establecer.

FELIX MERANDA SALAS.

De la pág. 14

prensivo y compartí las altas horas de la noche con la bohemia sin prejuicios de los que saben vivirla junto a un vaso de vino y el humo de los cigarrillos.

No he podido menos que recordar, en esta ocasión del segundo centenario de Rancagua, todas estas cosas. En quince años, pequeñísima partícula de tiempo en la vida de las ciudades, he visto erguirse una ciudad moderna, amplia, que aun guarda poderosas energías para conquistar el mundo que merece en la zona central de nuestro país. La ciudad ha cambiado. Pero los hombres son los mismos. Siempre los tre-

nes dejan su carga humana impregnada de esperanzas. Y para muchos, como para mí hace quince años, Rancagua presentará un aspecto adusto y huraño. No es raro. Pero, con el tiempo, la ciudad no posee. Y, entonces, es inútil alejarse de ella. Dondequiera que vayamos, la llevaremos con nosotros.

G. D.

De la pág. 7

revestido de oro y de sombras, esperaba repasando jaculatorias en su devocionario, en tanto Don Federico y algunos amigos escondíanse en la noche de la pieza.

Al entrar el Piringa no pudo sofrenar un tiritón nervioso, que le nacía desde muy adentro de su ancestro devoto, tiritón que se volvió temblor y tartamudez al ser invitado por el sacerdote a postrarse ante la Imagen imagen y repetir claramente un juramento terrible con recuerdos del infierno y de sus horrores...

--Me... me... mejor que guelva otro día, a los paire... No... no... No'stoy preparao na muy al too, fijese...

--Como quieras, hombre. Tú verás lo que haces.

Muy celebrada fué la ocurrencia de Don Federico y ella lo afirmó en su puesto de juez. Además, mantuvo de esta manera sin polvo molesto, por semanas y semanas, el centro de la aldea, hasta que la "conversión del ratero se hizo real en su conciencia elemental y crédula.



R. G. L.

Hace falta una nueva independencia, una refundación de nuestra villa.

Nosotros que miramos crecer y derramarse la ciudad hacia los campos, pues ya no tiene cabida en su recinto el número de su población, esperamos que tal ensanchamiento sea precursor de otro más efectivo: el crecer del Espíritu.

Tenemos pocos nombres grandes que entregar a la Historia; parenterío es preparar su advenimiento. Dormitamos a la sombra de una cordillera que nos nutre como una *umbr* blanca y azul; preciso es despertar y labrarse nuevos caminos a golpe de machete, en defensa del futuro. Tenemos alma de mansión colonial; necesario resulta que amplifiquemos las ventanas del edificio para dominar un más vasto panorama.

Promosa de trabajo deben hacer los rancagüinos en este bicentenario. Promesa de acción y de grandeza. Que no seamos un nombre arrinconado y sentimental en las páginas de los hechos gloriosos. Hagamos nuevos hechos gloriosos que correspondan, en otro plano, a aquellos.

Por mitad del escudo de Rancagua se alza, buscando altura, el árbol de la Libertad. ¡Ojalá desde este mismo suelo pueda levantarse otro árbol, en días no lejanos: el de la libertad económica y espiritual!

Entonces, sólo entonces, Rancagua habrá renacido de las cenizas de su pasado.

Un triunfo de nuestro Grupo

EN EL Concurso Literario e Histórico del bicentenario de Rancagua, los siguientes miembros del Grupo LOS INUTILES han obtenido las recompensas que indicamos:

GONZALO DRAGO: Primer premio en el tema cuento suelto, segundo premio en poesía y segundo premio en volumen de cuentos.

BALTAZAR CASTRO PALMA: Primer premio en el tema volumen de cuentos regionales.

FELIX MIRANDA SALAS: Segundo premio especial en historia de Rancagua.

RAUL GONZALEZ LABBE: Primera mención honrosa en cuento suelto.

OSCAR CASTRO Z.: Primer premio en el tema poesía.

Félix Miranda ha editado en volumen su obra premiada y Oscar Castro ha lanzado la suya que lleva por título "Las alas del Fénix".

Ambas se encuentran en venta al precio de veinte pesos.